

CANTO XXII

Continúa el asunto del canto precedente. Caminando los Poetas á la izquierda, por la margen de la roca, descubren en el saco gran número de rufianes, que de diferentes modos buscan alivio á su tormento. Estos son los que en las cortes de los Príncipes trafican con el favor y con la justicia. Uno de ellos, más tarde que los demás en esconderse de los diablos, que los sorprenden, cae en sus garras y es miserablemente estropeado. Es un tal Chámpolo, de Navarra, que, á ruegos de Virgilio, da razón de otros insignes rufianes, vecinos suyos. Se describe cómicamente la astucia del Navarro por librarse de los garritrancas, y la pelea que, por causa suya, traban entre sí dos de esos diablos.

Yo campo militar vi levantarse,
y pasar muestra y avanzar bridones
y á veces escapar para salvarse.

Yo en las tierras de Arezo vi ladrones
correr á son de guerra, en merodeo:
tornear jinetes, y justar campeones:

cuando, á la voz de trompa ó campaneó¹,
por atambor ó signos de castillo²,
con usos nuestros, ó de extraño arreo.

Navíos vi mover de un faro al brillo:
mas no nave ó legión, propia ni externa,
vi obediente á tan raro caramillo.

Íbamos, pues, con la decada averna.
¡Ay, compañía atroz! Mas en el templo
son los santos: la chusma en la taberna.

Y entretanto la pez fijo contemplo,
para bien darme del suplicio cuenta,
que á la rufiana gente es triste ejemplo.

Como el delfín que anuncio le presenta
en su encorvado lomo al marinero
de que rauda se acerca la tormenta,

así, para aliviar su dolor fiero,
algún triste veloz el cuerpo saca,
sumergiéndose luego aun más ligero.

Y como están al borde de agua opaca
quietas las ranas, con los musos fuera,
y ocultos gordo vientre y pierna flaca,

así se hallan los otros por doquiera;
mas cuando Barbardiente se aparece,
se sumerge la turba lastimera.

Yo vi, y el corazón aun se estremece,
á uno quedar cual ves rana tardía,
mientras otra da un salto y desaparece.

Y Perreá, que cerca le tenía,
los pegajosos pelos rebujando
la sacó, que una nutria parecía.

Si á todos por su nombre voy llamando,
es porque á su elección estuve atento,
como cuando entre sí se iban nombrando.

—¡Oh Rubicazo! Métele al momento
las uñas en el lomo y se lo pela—
(grítanle muchos con rabioso acento).

Y yo:—Maestro mío, con cautela
haz por saber quién es el desdichado
que cayó en manos de la atroz secuela.—

Y el sabio guía se le pone al lado
y le demanda su país:—Mi padre
(él responde) en Navarra me ha formado;

púsome á siervo de un señor mi madre,
que me engendró de un perillán ribaldo³,
á quien no hay triste nombre que no cuadre.

Luego, al servicio del buen rey Tebaldo,
la vergüenza entre robo y fraudes pierdo,
y hora mis culpas purgo en este caldo.—

Javato, á quien colmillo como á un cerdo
de una y otra boquera le salía,
le mostró cuál rajaba el suyo izquierdo.

¡Entre qué gatos el ratón yacía!
Mas Barbardiente aférrale tenace
y:—¡Paz mientras le ahorco!—(les decía).

Y el guía:—Es bien que, si aun saber te place,
le preguntemos más; que el riesgo aqueja,
y acaso este tropel le despedace.—

Y el guarda mío:—Dime si su queja
aquí bajo la pez algún latino
lanza.—Y responde:—Ora de mí se aleja

uno que á esa región nació vecino,
y con el que, si aun fuera yo en el cazo,
foz no temiera, ni garrón diabliño.—

Y Pisaescarchas (apuntando á un brazo):
—Ya nos cansamos—(dijo), y garrochóle,
y entre las puntas se llevó un pedazo.

Libiuscoco también los pies buscóle;
con que irritado el decurión⁴ empieza
á ver de mala cara el tole-tole.

Cuando calmóse un tanto su braveza,
al triste, que aun su herida contemplaba,
le preguntó mi guía con presteza:

—¿Quién es el de quien dices te pesaba
tanto haberte apartado, espíritu laso?—
y él dijo:—Fray Gomita se llamaba⁵.

Fué de Sallura, y de maldades vaso;
y astuto, á los contrarios de su dueño⁶,
presos en su poder, abrióles paso.

Ni sólo entonces al seductor empeño
cedió: mas siempre adorador del oro
fué, en cuantos cargos tuvo, no pequeño.

Con él Sánchez⁷ está de Logodoro;
y de hablar no se cansan de Cerdeña,
sus artes recordando y mal decoro.

Más os diría; pero ¡oh Dios! ya enseña
¡ay! sus dientes aquél, y temo mucho
que á repelarme avance ora la greña.—

Y el gran preboste, vuelto hacia Duenducho,
que para herir torcía ojos insanos,
dícele:—Aparta, pérfido avechucho.—

Y siguió el asustado:—Si á las manos
quieres, para informarte, algún sumiso,
convocaré lombardos y toscanos.

Mas estos garritrancas es preciso
que aparte estén, porque osen arriscarse:
yo, en tanto, aquí clavado donde piso,

por uno que ora soy, haré juntarse
siete cuando silbare, como es uso
nuestro, siempre que un pobre busca orearse.

Galgazo, á tal moción, levantó el muso,
movió la testa, y dijo:—¡Astuto engaño
el que para escaparse nos compuso!—

Y él, que es tan rico en mentiroso amaño,
replicó:—¡Buena astucia he concebido,
á los míos causando el mayor daño!—

Y Alitronchado, un tanto seducido,
díjole:—Si de pronto allá te calas,
no tras ti correrá mi pie fendido,

que batirán sobre la pez mis alas.
Vamos, y que nos cubra aquel otero,
y á diez diablos veremos si te igualas.—

Oye ¡oh lector! amaño el más artero⁸.
Todos de aguaita van tras la alturilla,
y el más opuesto de antes fué el primero.

Mide muy bien su tiempo, y en la arcilla
los pies clavando, el de Navarra embiste
un salto, y salva la infernal cuadrilla.

No hay uno á quien el caso no contriste,
si bien al que fué causa más le apura,
que se arrojó gritando:—¡Ya caístel!—

Pero poco logró, que á la pavura
no ganaron las alas, y ese al hondo,
y éste su pecho enderezó á la altura.

Así el pato de golpe échase al fondo
cuando el halcón se acerca, y éste airado,
y corrido á la vez, sulca en redondo.

Pisaescarchas, del lance acalorado,
en pos del otro vuela, y se promete⁹
armársela á su vez á Alitronchado.

Y el rufián en la pez no bien se mete,
cuando á su compañero¹⁰, en vivo arranque,
sobre el foso, garreando, le acomete.

Pero no es fácil que le tronche ó manque,
que es también fuerte gavilán¹¹, y juntos
en medio caen del macizo estanque.

Rebaja el caldo del furor los puntos;
mas á alzarse su esfuerzo es impotente:
¡tanto son de la pez entrambos untos!

Cual los otros rabioso, Barbardiente
manda á cuatro, de chuzos bien guarnidos,
volar á la otra banda prontamente.

Y así de entrambos lados descendidos
 extendieron su harpón á los reclusos,
 bajo la costra ya medio cocidos.
 Nosotros los dejamos aún infusos.

CANTO XXIII

Habiéndose apartado hábilmente los Poetas de los garritrancas, ocupados en sacar de la pez á sus compañeros, prosiguen su camino solos, aunque temiendo ser perseguidos, y se dejan resbalar acostados boca arriba, para bajar al sexto saco, en donde encuentran á los hipócritas, vestidos de pesados mantos de plomo muy dorados exteriormente. Hablan con los dos hermanos Gaudentes, Catalano y Loredingo. Ven en el suelo crucificado á Caifás, á quien pisan los dos mantos, pasando por encima. Después salen del saco los Poetas, á los que uno de los hermanos les ha dicho cómo deben verificarlo.

Callados, solos ya, sin compañía,
 uno en pos de otro, nuestro andar hermana
 al de Padres Menores por la vía¹.

Mi juicio, á causa de la lucha insana,
 de Esopo en el apólogo iba puesto
 en que cuenta del topo y de la rana².

Pues menos se parecen *pronto y presto*,
 que entrambos casos, si el criterio anota
 principio y fin, con arte bien dispuesto.

Y cual nuevo pensar de un pensar brota,
 otro en nacer del mfo no se tarda,
 que con nueva pavura el pecho azota.

Yo discurría así.—La grey bastarda
 tan burlada se ve por causa nuestra,
 que sin duda rencor tenaz nos guarda.

Si á eso se junta su maldad siniestra,
por nosotros vendrán, con más anhelos
que can tras la hoxicada liebre muestra.—

Ya erizarse sentía yo mis pelos;
y, entre atento y miedoso, aparte lucho,
cuando exclamé:—¡Maestro, por los cielos!

Si á los dos no nos celas pronto, mucho
temo á los garritrancas: ya, en mi mente,
llegan: ya están detrás: ya los escucho.—

Y él:—Si fuese yo espejo, más patente
de tu aspecto exterior no fuera norma,
que imagen soy de tu interior presente.

Mi pensamiento al tuyo se conforma,
y con unión tan íntima se abraza,
que no más que uno de los dos se forma.

Si el borde, pues, que el flanco diestro enlaza,
á otros sacos descenso puede darnos,
te salvaré de la temida caza.—

Aun no acabó su intento de trazarnos,
cuando, no lejos ya, y en ala abierta,
los vi raudos venir para alcanzarnos.

Como la madre que al rumor despierta,
y junto á sí la llama ve encendida,
y al hijo toma, y huye, y sólo acierta

á ocuparse de carga tan querida,
tanto que apenas viste lienzo escaso,
así de pronto me cogió mi cuida.

Y ya en el lomo del peñasco raso,
se echó supino á la empinada cuesta
que del un saco al otro es sólo paso.

No el agua tan veloz se manifiesta
por fácil caño de terral molino,
cuando junto á los albes va más presta,

como el maestro, con su hacer ladino,
surca el dique, llevándome á su pecho,
más cual hijo de amor que cual vecino.

No bien toca su planta al hondo lecho,
cuando llegan los otros á la altura,
cima nuestra: mas vano es ya su acecho.

Que la alta providencia, que la cura
y gobierno les da del quinto vaso,
veda á todos dejar su estancia impura.

Gente hallamos aquí que á lento paso
iba llorando, con la faz pintada³,
y aspecto y ademán rendido y laso.

Capas llevaban con capucha echada
sobre los ojos, de la hechura en pico
para los frailes en Colonia usada.

Deslumbraban por fuera de oro rico,
siendo plomo en lo interno, y graves tanto,
que son paja las que usa Federico⁴.

¡Ay sempiterno fatigoso manto!
Volvimos á la izquierda en movimiento
del suyo á par, al son del triste llanto.

Mas con el peso era el andar tan lento
de esa cansada grey, que siempre nueva
compañía nos da nuestro andamiento⁵.

Conque dije al rector:—Á encontrar prueba
alguien por fama ó nombre conocido,
y así andando, la vista en juego lleva.—

Y uno, de mi decir toscano herido,
gritó tras mí:—Parad, ó el pie mitigue
su marcha por el suelo maldecido:

quizá mi voz vuestra atención obligue.—
—Párate (vuelto á mí, dijo mi guía),
y al paso con que él va luego prosigue.—

Me detuve, y vi á dos, en los que ardía
y se expresaba afán de estar conmigo,
que el peso y la estrechez les reprimía.

Cuando á nos llegan, con mirar no amigo,
y sin decir palabra, me examinan,
y tratando entre sí, dicen consigo:

—Sus labios á que vivo está me inclinan:
¿por cuál si no, no visto privilegio,
á andar libres del manto los destinan?—

Luego:—Toscano (dícenme), al colegio
de los tristes hipócritas llegado,
dinos tu nombre mísero ó egregio.—

Yo respondí:—Nacido fuí y criado
en la ciudad que de Arno ve la espuma,
y este cuerpo en que estoy siempre he llevado

Mas vosotros, ¿quién sois, que con tal suma
de lágrimas bañáis el rostro opreso,
y qué pena ó dolor así os abruma?—

Y el uno respondió:—De tan espeso
plomo son estas capas refulgentes,
que el cuerpo, cual balanza, cruje al peso⁶.

Bolonia el ser nos dió: fuimos Gaudentes⁷.
Catalano soy yo, y él Loderingo:
por lo aislados, cual jueces nuestras gentes

nos tomaron, que en ello bien distingo
que fué dar vado á la justicia. Cuáles
nosotros fuimos, cuéntelo el Gardingo⁸.—

Y yo exclamé:—¡Oh hermanos! vuestros males...—
No dije más, que dió mi vista en uno
clavado en tierra, en cruz, por tres puntales:

el cual se tuerce al ver ya cerca alguno,
en la barba suspiros resoplando,
y Catalán, notándolo oportuno,

me dijo:—El que clavado estás mirando,
aconsejó esquivarse al Fariseo,
por el pueblo al martirio un hombre dando⁹.

De la vía en mitad desnudo reo,
hora lento y pesado el pie le trilla
de cuantos pasan del plomizo arreo.

También á pena igual aquí se humilla
su suegro¹⁰, con los otros del concilio
que á los judaicos dió fatal semilla.—

Sorprenderse vi entonces á Virgilio
por el que en afrentosa y vil postura
tendido yace en el eterno exilio.

Luego del fraile así saber procura:
—Decidnos, si queréis y se os permite,
si á la derecha mano hay abertura

que salir de este fondo facilite
ora á los dos, sin que lograrlo á expensas
de la negra legión se necesite.—

Y él respondió:—Más cerca que tú piensas
nace del cerco máximo un breñaje
que las estancias todas cruza extensas.

Sólo se encuentra roto en un paraje;
pero podréis subir sobre el escombro
que allí, cegando el foso, da pasaje.—

Quedó mi guía, en esto, en mudo asombro,
y después dijo:—¡Á fe bien me ha burlado
aquel jefe cruel del chuzo al hombro!—

Y el Frate: —Entre los vicios que he escuchado
en Bolonia contar del diablo un día,
de *padre del embuste* fué tachado.—

Aquí el paso veloz mueve mi guía,
la faz turbada un tanto del enojo:
y yo me aparto de la ley tardía,
y de la amada huella en pos me arrojo.

CANTO XXIV

Habiendo salido los Poetas del sexto saco, con gran dificultad y cansancio, vuelven á continuar su camino, subiendo por el espollo arriba, y llegan al séptimo, en el cual ven, entre multitud de sierpes, á los ladrones, los cuales, picados por esos horribles animales, arden todos, y en seguida renacen otra vez de sus propias cenizas. En estos ladrones se trata especialmente de los sacrilegos, entre los cuales DANTE reconoce á Vanifucio de Pistoia, que le predice, en un ímpetu de rabia, la destrucción del partido florentino llamado de los Blancos.

Cuando se muestra jovencillo el año,
y el sol más fuerzas en Acuario gana,
y ya al día la noche paga el daño¹:

cuando la escarcha sobre el suelo cana,
poco, por el benigno temple, ondea
en él la imagen de su blanca hermana²,

el pastor, que de todo ya escasea,
deja su choza, y la campaña mira
alba doquier, y el pecho se golpea:

vuelve á su hogar, y sin concierto gira,
como el triste que hacer no acierta nada:
mas sale otra vez luego, y ya respira;

que la faz de la tierra ve cambiada
en breve espacio, y del redil en medio,
á pacer echa fuera su manada,

así el maestro con su enojo y tedio
turbóme el alma y con su torva frente,
y luego al daño me aplicó el remedio.

Que, cuando fuimos cabe el roto puente,
á mí volvióse, con el rostro amigo
que en el monte vi en él primeramente;

y después de pensar breve consigo,
abrió los brazos, de antes contemplando
las ruinas bien, y en ellos dióme abrigo.

Y como el que obra, á un tiempo meditando
que todo azar y obstáculo balanza,
así, mientras al alto me va alzando,

la vista de un peñasco en otro avanza:
—Cógete á aquél (diciéndome el buen guía);
mas antes ve si á sostenerte alcanza.—

¡Para capas de plomo no era víal
Que yo en vilo, y él leve, con trabajo
trépar de piedra en piedra se podía.

Y si no fuese que notable atajo
de esta vía á las otras se percibe,
de él no diré, mas yo viniera abajo;

que como *Malos sacos* va en declive
siempre del hondo pozo hasta el paraje,
causa que, en cada valle que describe,

una margen se eleve y otra baje.
Al fin pisar pudimos el cimientodo
la postrera piedra hizo desgaje.

Y al llegar, del pulmón el movimiento
era tal, que me ahogaba su presteza,
y seguir más no pude, y tomé asiento.

Luego el maestro:—Arroja la pereza
(me dijo), que entre seda y blanda pluma
no de la fama súbese á la alteza.

Sin la cual, quien los años triste suma,
el vestigio de sí deja en la tierra
que humo en el aire, que en el agua espuma.

¡Arriba, pues! Á la fatiga haz guerra
con el alma, que al fin vence en las luchas
si no la rinde el cuerpo que la encierra.

Aun tienes que pasar por gradas muchas;
no basta donde estás haber llegado:
si me entiendes, no olvides lo que escuchas.—

Alcéme entonce y me mostré animado
de respiro más largo, y más ligero,
y dije:—¡Sus! ya soy firme y osado.—

Y del peñasco me lancé al sendero,
que era estrecho y fragoso, y de más brava
y escarpada pendiente que el primero.

Y por hacerme el fuerte, hablando andaba³,
cuando salió una voz del otro foso
que imperfecta palabra articulaba⁴.

No entendí qué decía, aunque curioso
lo dominaba yo del puente arriba⁵,
y es que hablaba sin duda en son furioso.

Y me agaché: mas no de gente viva
penetraba la vista al seno impuro,
y así dije:—Maestro, á la otra riba

pudiéramos bajar desde este muro,
que así cual hora escucho y nada entiendo,
así miro, y no veo el fondo obscuro.—

Y él á mí entonces:—Te contesto haciendo,
porque se debe á la demanda honesta
con obras responder, no discurriendo.—

Y bajamos la roca por la cresta
donde se junta con la valle octava;
de allí el saco su horror nos manifiesta.

Pues dentro vide multitud tan brava
de serpientes, tan varia y espantosa,
que la lengua, al recuerdo, aun se me traba.

No se envanezca Libia la arenosa,
de sus Yáculos, Cancros y Farentes,
su Hidra y su Antisbenes venenosa.

Que no monstruos jamás tan pestilentes
lanzar pudieron la abrasada Etiopia,
ni las tierras del rojo mar ardientes.

Entre esa cruda y aflicta copia,
corren gentes desnudas y asustadas,
que no esperan guarida ni Heliotropia⁶.

Las manos llevan por detrás ligadas
con sierpes que, enrosándose delante,
cola y testa al riñón tienen clavadas.

De repente á un desnudo, no distante,
se tira una culebra, y le atraviesa
donde el cuello á la espalda está lindante.

Ni *i* ni *o* se escriben tan de priesa
como aquél se prendió y ardió, cayendo
entre vana ceniza, hecho pavesa.

Luego, estando ya en tierra, fuése uniendo
la ceniza ella sola, con el propio
cuerpo que antes llevaba apareciendo.

Así, según de sabios libros copio,
expira el fénix, y después renace
de años cincuenta tras el largo acopio.

No grano mientras vive ó hierba pace,
sino de incienso, lágrimas y amomo,
y su pira de mirra y nardos hace.

Cual se queda el que cae, sin saber cómo,
por fuerza de demonio que le tira,
ó de humana dolencia al bravo asomo;

y así que se levanta, en torno mira,
por la penosa angustia que ha pasado
aun soporoso, y al mirar suspira:

tal se mostraba aquel recién alzado.
¡Oh de Dios la justicia cuán severa
cuando golpes cual éste ha descargado!

Mi cuida fiel le demandó quién era:
y él respondió:—Llovido de Toscana
caí, no ha mucho, en esta gola fiera.

Vida gusté llevar bestial, no humana,
como mulo que soy; soy Vanifucio⁷,
y fué mi estancia cuadra Pistoyana.—

Yo por saber su culpa al vate acucio,
y pido que le mande quieto estarse,
que hombre le vi de rabia y sangre sucio⁸.

Y el pecador me oyó sin irritarse,
y á mí la mente y rostro dirigido,
de tristeza y rubor le vi bañarse.

Y dijo:—Más me duele que cogido
me hayas en la miseria que me oprime,
que perder la otra vida me ha dolido.

Sabe, aunque declararlo me lastime,
que por robar los sacros bellos vasos⁹,
en tan baja región mi sombra gime,

y porque á otro imputaron tales casos.
Mas porque no te halague mi tormento,
si de aquí logran escapar tus pasos,

mi predicción fatal escucha atento¹⁰.
Disminuirá en Pistoya el Negro odioso:
mudará ley Florencia y regimiento:

Marte, del Valdemagra nebuloso
los vapores de guerra irá juntando;
y con la fuerza de huracán furioso

sobre Campo-Pisceno descargando,
lid cruda hará; y al aclarar del cielo,
veráse á todo Blanco allí expirando.
¿Lo oyes? Lo digo por causarte duelo.—